

Gregorio Hinojo Andrés  
*In memoriam*

María Consuelo Álvarez Morán  
Universidad de Murcia

El 16 de marzo de este año, a causa de un accidente doméstico, se nos ha muerto como del rayo Gregorio Hinojo Andrés, Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Salamanca, con quien tanto queríamos.

Es difícil hablar del Prof. Hinojo, colega y, sobre todo, amigo entrañable, sin emoción y sin que nos embargue una profunda tristeza. Habíamos quedado en vernos en el Simposio *Ovidio 2000 años*, organizado por la SECC en Madrid en abril pasado; así me lo había dicho en su último mensaje, poco tiempo antes del fatídico día (permítaseme una concesión a lo personal) de mi cumpleaños, que quedará marcado para siempre con su ausencia.

Cuando pensamos en Gregorio es tarea casi imposible deslindar lo académico de lo vital, porque su vida estaba alimentada y cimentada en su actividad de la academia. Fue un extraordinario profesor de *Filología Latina* en la Universidad de Salamanca, su casa desde los ya lejanos años sesenta, a donde llegó tras haber realizado los estudios comunes de Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia. Aunque era turolense, aragonés y tan cercano a los hermanos Labordeta, aunque su corazón estaba en su tierra natal y un poco también en Valencia, a Gregorio no se le entendía sin Salamanca y ahora va a sernos muy difícil entender Salamanca sin Gregorio, pues era el anfitrión de todos los que allí acudíamos.

Fue un investigador que nos enseñaba cada vez algo nuevo tanto en las conferencias, como en los congresos, ya que acudía a todos los que abordaban cualquier ámbito de la Filología, tanto en España como fuera de ella, pues nada de lo filológico le era ajeno.

Pero su saber no solo lo difundía con naturalidad en ambientes académicos, pues Gregorio, y no tengo mejores palabras que las escritas por su amigo Paco Novelty, era “tan sabio como entretenido, tan profundo en conocimientos como fértil en anécdotas, chascarrillos y nomenclaturas”.

Era un hombre de concordia, un hombre de paz, un universitario entrañable, no quería saber de banderías en una institución como la nuestra tan dada a ellas; tenía muchos amigos, era un practicante del *amicitiae foedus*. Pero también era un hombre de

firmes convicciones políticas, que había mantenido desde los duros años de la dictadura, en la época de la lucha universitaria de los Penenes (Profesores No Numerarios) y que no dejó de demostrar a lo largo de su vida.

En 1977, tras haber defendido en 1976 su Tesis Doctoral *Los términos "princeps, imperator y dux" a final de la república y principios del imperio romano* bajo la dirección de Carmen Codoñer Merino, obtuvo la plaza de Profesor Adjunto Numerario con destino en su Universidad de Salamanca, donde ya era profesor desde 1969 y en la que siguió ejerciendo docencia hasta 2013, los últimos veinticuatro años como catedrático de Filología Latina, condición que prolongó como Catedrático emérito.

Sus méritos y sus trabajos son suficientemente conocidos como para tener que hacer una recensión de ellos en esta nota; podemos ver el magnífico volumen de homenaje con motivo de su jubilación que, con el título definitorio, *Curiosus verborum Perscrutator*, del quehacer del Prof. Hinojo, sus colegas nos deleitaron con una selección de artículos. Sí que quiero destacar que, como ejes de su interés, sobresalen su amor por el léxico y la historia, ya desde su tesis doctoral, con una especial predilección por Tácito, al que dedicó muchas horas con brillantes resultados sobre el estudio de la expresión de la muerte, haciendo suyo el sintagma barroco fúnebre acuñado por R. Barthes (1959), así como el humanismo renacentista y Nebrija, parcela en la que nos ha dejado algunas de las mejores aportaciones hechas en este campo, y también se ocupó brillantemente de la producción poética de los dos grandes líricos romanos, Catulo y Horacio. Todos sus trabajos dejan traslucir su fina inteligencia, su análisis detallado, su profundidad en el análisis de los textos y la referencia constante con el mundo actual; no hacía una investigación de laboratorio, sino que para él todo estaba relacionado con el presente, bien fuera por la aplicación de nuevas corrientes de estudio y análisis, o bien por la cercanía de lo clásico, algo que queda muy patente en uno de sus últimos trabajos (2013) "De la occentatio a los escraches".

El *curiosus verborum perscrutator* deja su impronta en este ámbito con su excelente lección inaugural del curso 2012-2013 de la Universidad de Salamanca La invención de las palabras, con la que deleitó a propios y extraños, tanto a los estudiosos de la ciencia filológica como a los de las ciencias sociales y experimentales, con su perspicacia y su socarronería, a la vez que con su profundidad científica. Esta lección refleja, en buena medida, su dedicación en los últimos años a una de las asignaturas que más éxito ha tenido en la Universidad de Salamanca, la Historia de las palabras, de la que nos hablaba con gran entusiasmo.

Y es que el Prof. Hinojo, Gregorio, ponía mucho entusiasmo en su conversación, en aquello que estaba haciendo y en lo que hacíamos los demás, ya que, entre sus muchas virtudes, estaba la de su generosidad, su preocupación por lo que todos decíamos y hacíamos, y también su curiosidad.

Desde el año 1973, en que lo conocí en una visita a Salamanca, la amistad y la filología nos unieron, así como las oposiciones al Cuerpo Nacional de Profesores Adjuntos de finales de los años 70; Gregorio siempre ha estado ahí como compañero de oposición, animándome (animándonos a todos) y siendo miembro de la Comisión de mi Cátedra, lo que para mí supuso un enorme honor. Y la amistad ha ido más allá de lo meramente académico. Todos los amigos, los muchos amigos de Gregorio, hemos tenido la suerte de disfrutar de sus conversaciones, de esas paradas en las que de repente saludaba a otro colega, se iba con él, y después lo recuperabas, volvía a nuestro lado y daba por sentado que sabías quién era o te contaba la última novedad de la que se había enterado; estaba siempre al tanto de lo que ocurría y te lo transmitía, a veces sin que entendieras muy bien lo que te decía, pero al final venía la sonrisa del amigo incondicional y su socarronería. Gregorio era amigo de sus amigos y nos hacía partícipes de su vida y nos permitía disfrutar de su entorno familiar, por lo que nos ha dejado en herencia no solo su amor a la palabra, sino también la amistad de los suyos.